

Manuel Garrido, Enrique González Rojo, Jorge Martínez Contreras, Juan María Rubio, José Ignacio Palencia, Carlos Pardo, Carlos Perceyra, Adolfo Sánchez Vázquez, Margarita M. Valdés, Gabriel Vargas Lozano.

LAS REVOLUCIONES EN LA FILOSOFIA

teoría
y
praxis

grijalbo

Las revoluciones en la historia de la filosofía y la clase intelectual

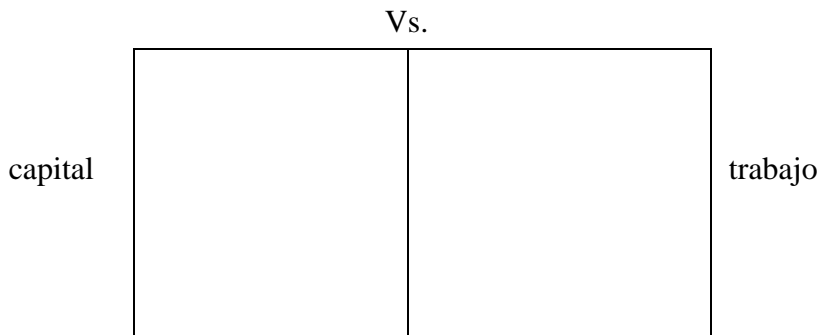
1. El concepto de «clase intelectual»

Toda aportación teórica nace de una herejía. La repetición exhaustiva, la ortodoxia, el espíritu de secta esterilizan la operación intelectual y ahogan la búsqueda. Yo quiero empezar mi intervención en este Coloquio de Filosofía declarando, sin ambages, que el parámetro doctrinario dentro del cual se mueve mi concepción del mundo y de la historia es el marxismo. Pero quiero manifestar, asimismo, que los puntos de vista que voy a sostener en este texto parten de un concepto que representa, respecto a la tradición marxista, una nítida, patente, e inocultable heterodoxia.

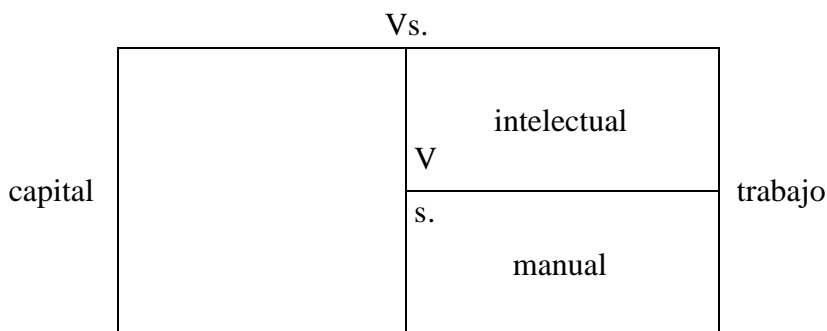
Mi punto de arranque es el siguiente: para hacernos una idea clara del proceso histórico, conviene poner de relieve que la sociedad capitalista no sólo está dividida en las *clases sociales* habitualmente reconocidas (los poseedores y los desposeídos), sino en otro tipo de *clases sociales* (el trabajo intelectual contrapuesto al trabajo manual) que, habitualmente también, no son consideradas como tales, sino como partes de la «clase media» o estratos, capas o sectores subsumidos «en última instancia» en las *clases sociales* en sentido económico. Parto, pues, de la idea de que existe, y ha existido prácticamente a lo largo de casi toda la historia, una *clase intelectual*. En la sociedad capitalista aparecen, por ende, dos contradicciones articuladas: la contradicción *económica* entre poseedores y desposeídos, y la contradicción *técnico-funcional* entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.¹ Repárese, sin embargo, que, en cierto sentido, este juego de dos contradicciones o esta polaridad de dos polaridades se reduce a una concepción *triangular* de la historia, por así llamarla. En efecto, si por un lado tenemos el binomio capital-trabajo y, por otro, la antítesis intelectualidad-mano de obra, podemos advertir que mientras el polo superior de la primera contradicción (capital) *difiere* del polo superior de la segunda (intelectualidad), el polo inferior de la primera (trabajo) *coincide* con el polo inferior de la segunda (mano de obra, trabajo físico).

La interpretación tradicional de las clases sociales puede representarse en este diagrama 1:

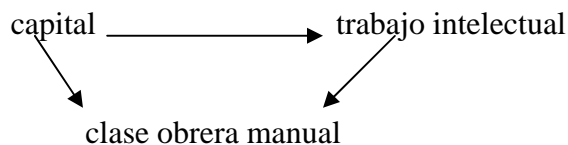
¹ Aunque con frecuencia doy el nombre de económica a la contradicción de clases en el sentido tradicional del término, ello no quiere decir que la contradicción técnico-funcional no tenga un origen y un trasfondo económico.



La interpretación que propongo (o la *contradicción de dos contradicciones*), puede observarse en este diagrama 2:



Como la clase obrera manual es víctima de una doble opresión, económica y técnico-funcional, como se halla «explotada», aunque en diferente sentido, tanto por el capitalista como por el trabajador intelectual, la *polaridad de dos polaridades* se nos puede convertir en este diagrama triangular 3:



Aquí, como puede verse, el capital explota no sólo a la clase obrera manual, sino al trabajo intelectual, en una palabra «vive» a expensas de todo tipo de trabajo. Pero, también puede advertirse, el trabajo intelectual, explotado por el capital, oprime a su vez a la clase obrera manual. El trabajo intelectual vive la situación de dominado-dominante. En última instancia, *una misma clase social, la clase obrera manual, es explotada por el capital y dominada por el trabajo intelectual*. De aquí podemos sacar dos conclusiones: 1) para liberarse, la intelectualidad tiene que luchar contra el capital, 2) para liberarse, la clase obrera *manual* tiene que luchar tanto contra el capital como contra el trabajo intelectual (o la clase intelectual, para decirlo de modo más correcto).

Antes de pasar adelante explicaré a ustedes por qué he llegado a la conclusión de que los intelectuales constituyen una *clase social sui generis*.

Creo que la antítesis *técnico-funcional* (la división del trabajo en intelectual y manual) tiene en común con la antítesis económica (capital-trabajo) los siguientes aspectos:

1. *Su origen económico infraestructural*. La antítesis económica se funda en las relaciones económicas de producción, la técnico-funcional en las fuerzas productivas;

2. *Su carácter mercantil*. En otra parte he escrito: «Como se sabe, la esfera de la circulación es la condición posibilitante para que el valor de las mercancías, generado en la esfera de la producción, se realice. La producción incesante de la clase burguesa y de la clase obrera se lleva a cabo *a través* del mercado. En efecto, al venderse una mercancía (objetiva) que incluye, en lo que a su valor se refiere, además del capital constante..., el capital variable y la plusvalía, estas dos últimas partes están destinadas una a pagar el valor de la fuerza de trabajo y la otra a reproducir de manera ampliada el capital. *La antítesis técnico-funcional también se reproduce a través del mercado*. La esfera del intercambio, el mercado de la mano de obra, es la que remunera el trabajo calificado de modo más cuantioso que el trabajo simple. *Ambas polaridades clasistas, en consecuencia, se reproducen a través del mercado, que no es otra cosa que la esfera en que se realiza el valor*».²

3. *Su propiedad sobre ciertos medios de producción*. Yo expliqué este aspecto de la siguiente manera: «La antítesis económica debe su existencia, dentro de la infraestructura económica, a las relaciones de propiedad, esto es, al aspecto fundamental de las relaciones sociales de producción. La existencia de la propiedad privada sobre los medios *materiales* de producción tiende una línea de demarcación entre los dueños y los desposeídos de tales medios. Ahora bien, en el lado de los desposeídos, la propiedad privada de los medios de producción *intelectuales* tiende una segunda línea de demarcación: entre los poseedores de dichas medios *intelectuales* y los desposeídos».³

4. *Su carácter antagónico*. Respecto a este carácter escribí lo siguiente: «Del mismo modo que podemos decir que hay capital porque hay trabajo, hay poseedores porque hay desposeídos, nos es dable afirmar que *hay trabajo intelectual porque hay trabajo manual y que hay trabajo complejo porque hay trabajo simple*».⁴

5. *Su campo generador de ideologías*. Sobre esto escribí lo siguiente: «Cuando se afirma habitualmente que "toda ideología es ideología de clase", se hace alusión a la clase en el sentido económico de la expresión. No cabe duda, en efecto, de que las clases económicas producen *ideologías*, concepciones en las que, con una cierta fachada de veracidad (o

² Enrique González Rojo, *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*, Col. Teoría y Praxis, No. 36. Ed. Grijalbo, México, 1977, p.113.

³ *Ibid.*, p.113.

⁴ *Ibid.*, pp.113-114.

haciendo uso, inclusive, de ciertos elementos verdaderos) defiende sus intereses de clase frente a las otras clases sociales. El liberalismo es una ideología *burguesa*, el anarquismo una ideología *pequeñoburguesa*, el economismo una ideología "proletaria". La antítesis técnico-funcional también genera *ideologías*. Ideologías en que se disfrazan los intereses o los sentimientos de la clase intelectual o de la clase manual. La actitud que desdeña el trabajo manual o menosprecia el trabajo que no sea espiritual, del teórico al cual se le ponen los pelos de punta al oír hablar de una revolución cultural, no es otra cosa que la actitud derivada de la ideología intelectualista. La actitud que desdeña el verdadero ejercicio intelectual, que desprecia la ciencia, que ridiculiza la teoría, es una ideología *manualista*, por darle algún nombre».⁵

Cae de suyo que, en lo anterior, no se trata de borrar las evidentes diferencias que existen entre un tipo de polaridad y otro. Se trata, más bien, de hacer notar que ambas antítesis poseen la *misma estructura*, el mismo común *denominador estructural*.

2. Las tres funciones de los intelectuales

Desde el punto de vista de la práctica teórica a la que se dedica la *intelligentsia*, podemos distinguir tres funciones en los intelectuales: *a)* ser agentes de la conciencia verdadera, *b)* ser ideólogos de una clase económica y *c)* ser ideólogos de «su» propia clase.⁶ Veámoslas una por una:

a) Ser agentes de la conciencia verdadera. Los intelectuales son pensadores, filósofos, hombres de ciencia. Son entes, por así decirlo, que se apropian epistemológicamente del ser mismo de la cosa. Y que se lo apropian después de hacer a un lado los «aditamentos extraños» (Engels) o la antropomorfización desvirtuadora (Lukács). Como agentes de la conciencia verdadera que son, se dividen en cuatro clases: 1) científicos: Darwin, Freud, Marx, Einstein, 2) sustentadores de una filosofía verdadera: materialismo dialéctico, 3) antecedentes (o «puntos de apoyo») de una ciencia: Lamarck respecto a Darwin, los socialistas utópicos respecto a Marx, etcétera, 4) antecedentes (o «puntos de apoyo») de la filosofía: la dialéctica hegeliana respecto a Marx, etcétera.

b) Ser ideólogos de una clase económica. Pongamos el acento en la clase dominante: ser ideólogos, pues, de la clase dominante. La ideología, como falsa conciencia, tiene una forma y un contenido. Su *forma*, su carta de presentación: apariencia de verdad, verdades a medias, decirse o presentarse como expresando los intereses de toda una colectividad. Su

⁵ *Ibid.*, p.115.

⁶ También, desde luego, ser portadores de una técnica o de un trabajo calificado puesto al servicio generalmente de la iniciativa privada y/o el Estado.

contenido: objetivación en el discurso, de los intereses de la clase dominante. *La ideología es una falsa conciencia que se presenta como conciencia verdadera o una parcialidad que se hace pasar como totalidad*. Tiene un carácter, *por consiguiente, deformante-conformante*: *deforma* la verdad (aspecto epistemológico) para *conformar* la sociedad (aspecto sociológico) *de acuerdo con los intereses de la clase dominante*. En este sentido podemos afirmar, esquemáticamente, que Demócrito representaba los intereses de la democracia esclavista, Parménides o Zenón los de la aristocracia esclavista, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino o San Buenaventura los del feudalismo eclesiástico, Descartes, Leibniz o Malebranche los de la burguesía incipiente, etcétera.

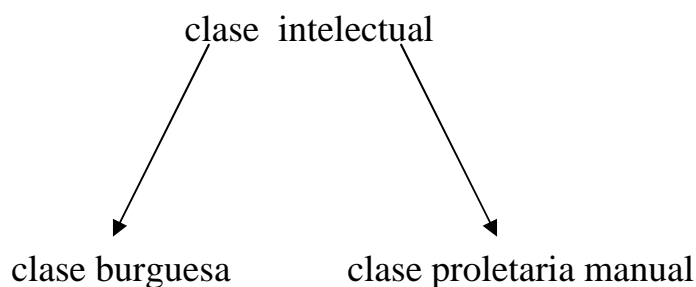
c) *Ser ideólogos de «su» propia clase*. Los intelectuales no sólo son agentes de la conciencia verdadera o ideólogos de una clase económica, sino también son ideólogos de «su» propia clase. Esta ideología *intelectualista* posee también una *forma* y un *contenido*. Su *forma*, como en el caso de la ideología de una clase económica, consiste en presentarse como conciencia verdadera, como totalidad; su *contenido*: expresar los intereses de una clase; pero no una clase en sentido *económico* (por ejemplo: la burguesa), sino de una clase en sentido *técnico-funcional*. Es, entonces, una falsa conciencia que se muestra como conciencia verdadera y una parcialidad que hace acto de presencia como totalidad.

3. La psicología intelectualista

Tratemos de acercarnos, aunque sea brevemente, al contenido de la ideología *intelectualista*. Dos rasgos sobresalen, desde el primer momento, como definitorios de esta última: el intelectual es *individualista* y se siente parte de una *aristocracia espiritual*. Su individualismo, su «originalidad», su unicidad (ser gran hombre de ciencia, importante filósofo, reconocido artista, imprescindible ideólogo) lo contraponen a la masa. Si hay algo que repugne al intelectual es la *masificación*, el «ser uno de tantos», el anonimato. Su aristocratismo espiritual, su dominio de ciertos conocimientos, su «trabajo en el trabajo», su actitud vanidosa, su capacidad productiva calificada,⁷ lo contraponen al individuo ignorante, zafio, vulgar. La ideología *intelectualista* es, por consiguiente, no sólo individualista y aristocratizante, sino enemiga de la masificación y la ignorancia. Este *individualismo aristocratizante* hace que el intelectual se diferencie tajantemente, se segregue, se considere en un «nivel más alto y trascendental» que el de la

⁷ En varias ocasiones he subrayado que el trabajo intelectual se distingue por ser dueño de ciertos *medios de producción*: de medios de producción *espirituales*. Aquí el concepto *medios de producción* no debe ser interpretado únicamente en el sentido de producción económica, sino más bien en el de *producción social*, esto es, de un género de producción que abarca diferentes prácticas: científica, artística, ideológica, técnica, filosófica, etcétera.

clase obrera manual, por un lado, y que el de la clase burguesa, por otro. Se contraponen a la clase obrera manual porque ve encarnados en ella a sus dos enemigos fundamentales: la masificación y la ignorancia. La clase obrera manual se dedica, además; al vulgar trabajo físico, a un trabajo en que se ponen en juego fundamentalmente las facultades *físicas* de los individuos y no las derivadas de su exclusividad humana: la razón, la inteligencia, el espíritu. Este *individualismo aristocratizante*, por otro lado, hace que el intelectual no se sienta identificado (a pesar de vivir «a expensas de») con la clase burguesa. Los burgueses (industriales, comerciantes, banqueros, etcétera), les parecen torpes, mezquinos, ignorantes. En general, no se hallan individuados por ninguna distinción espiritual. Desde el punto de vista de la ideología *intelectualista*, el diagrama triangular 3 se convierte en el diagrama triangular 4:



en que la clase intelectual se piensa o se imagina la aristocracia espiritual y considera las clases burguesa y proletaria manual ejemplos del plebeyismo de la masificación y la ignorancia.

Pero la ideología *intelectualista* no se agota con los elementos descritos. Si tomamos en cuenta que la *clase intelectual* es una clase dominada-dominante, *dominada* por la burguesía, puesta a su servicio, subordinada a ella, y *dominante* respecto al proletariado manual, salta a la vista que en ella predominan, por lo general, dos actitudes que vienen a formar parte integrante de su ideología: es una clase *servil y lacayuna* frente a la burguesía⁸ y una clase *arrogante y despreciativa* frente a la clase obrera manual. La clase intelectual es *servil y lacayuna* frente a la burguesía. Este es un principio cierto en términos generales, aunque debe ser matizado tomando en cuenta el desarrollo histórico, el cambio de condiciones, la creciente «asalarización del trabajo intelectual» (Mandel), etcétera. Es una clase *servil y lacayuna*; pero menosprecia profundamente a su amo burgués, lo ve con reticencias, con odio. Cada vez lo desprecia más en su fuero interno. Lo considera inútil y parasitario. Uno de los componentes de la *ideología intelectualista* brota de esta contradicción entre la subordinación y la dependencia del intelectual respecto al burgués (que conforma su actitud *servil y lacayuna*) y el menosprecio que en

⁸ El caso del intelectual inconforme, rebelde, revolucionario no me interesa tratarlo por ahora. Baste decir que si se lleva su rebelión a sus últimas consecuencias, se torna en un «desclasado» que se pone al servicio del proletariado manual.

general le merece la clase burguesa. De esta contradicción nace la *hipocresía* característica del intelectual, del individuo que critica, enjuicia severamente, lanza denuestos contra el industrial o el comerciante, el terrateniente o el banquero; pero lo hace entre sus amigos, confidencialmente, en su hogar, mientras que, en público, de manera abierta, nunca se pronuncia en contra del burgués que lo contrata o del sistema que «lo alimenta». El intelectual no es siempre, sin embargo, despótico o arrogante con la clase obrera manual. A veces inhibe esta tendencia para dejar paso al *paternalismo*. La clase intelectual se cree depositaria de la verdad, de la luz, mientras la clase trabajadora está sumergida en la ignorancia y las tinieblas. En este caso, la *intelligentsia* accede a dirigir a la muchedumbre ignorante y desorientada. Si es verdad que el «culto a la espontaneidad» de la clase obrera es una política burguesa, el *paternalismo intelectualista* es la otra cara de la medalla. El *paternalismo* suele ir acompañado de otra característica que frecuentemente conforma la ideología intelectualista: la *idealización del trabajador físico*. El intelectual idealiza a los trabajadores, los trae, por así decirlo, a su campo intelectual, para poder operar ante todo el mundo y ante sí mismo como «populista». Convierte al pueblo en *mito*, al trabajador en *idea*. No comprende, ni puede hacerlo al obrero real, de carne y hueso, con el conjunto de cualidades, positivas y negativas, que genera en él un modo de producción deformante y esclavizador. Siete son, entonces, las propiedades relevantes, no las únicas que conforman la ideología intelectualista: *individualismo*, *aristocratismo*, *servilismo*, *hipocresía*, *arrogancia*, *paternalismo* y «*populismo*».

4. La ideología intelectualista

Los intelectuales pueden ser ideólogos de «su» propia clase porque unen el ser agentes de la conciencia verdadera con el ser depositario del contenido *intelectualista*. Lo diré así: generalmente no presentan sus «siete propiedades» de manera directa, descarnada, sin velamientos. Todo lo contrario. Las engarzan en una montura que se basa en parte o parece basarse en la conciencia verdadera y en los intereses globales de la colectividad. Nos dan, como en toda ideología, una cosa por otra: los intereses, sentimientos y deseos de la clase intelectual por los intereses, sentimientos y deseos del pueblo en su conjunto.

El marxismo ha puesto de relieve, y esta es una de sus aportaciones teórico-políticas más significativas la relación existente, en la ideología, entre una *pantalla aparential* (que permite la difusión sociológica del discurso) y los intereses de clase que esconde. Pero estos «intereses de clase» hacen alusión a las clases en el sentido económico de la expresión. Yo pienso que además de esta ideología de fundamento económico, hay

otro tipo de ideología, de raigambre técnico-funcional,⁹ que no ha sido debidamente analizada por el marxismo-leninismo. Aun más. Soy de la opinión de que el esclarecimiento, el análisis, la búsqueda de la *ideología intelectualista* se ha visto entorpecido por el esclarecimiento, el análisis y la búsqueda de la ideología económica, por ejemplo de la ideología burguesa. Los marxistas se han lanzado a investigar cuál es el contenido *de clase* de cualquier práctica teórica. La exageración de este camino ha conducido a una posición que podría recibir el nombre de *reductivismo clasista*. Se piensa que el *contenido oculto* de todo teorizar está en la objetivación de los intereses de una clase. El engolosinamiento de este punto de vista (que no ha dejado de arrojar desde luego raudales de luz a la historia de la cultura) ha conducido, a veces, no sólo a confundir la conciencia verdadera con la ideología, sino a creer, otras, que no hay más ideología que la generada por las clases en sentido económico y desdeñar o no caer en cuenta que también existe una ideología, y enormemente importante, producida por las clases en el sentido técnico-funcional. Gramsci, por ejemplo, hace un alegato memorable en contra de la pretendida independencia de la *intelectualidad* respecto a la burguesía y las clases sociales en general. *Los «intelectuales orgánicos» existen en y por la clase económica que los sustenta*. Pero esta denuncia, que combate un aspecto importante de la ideología intelectualista, se queda en la superficie del problema y no lo abarca en toda su complejidad. Se podrá decir que «purifica» la ideología intelectualista, acaba por darle un *status* mayormente ideológico. Cuando Gramsci recomienda no partir de «lo intrínseco de las actividades intelectuales»,¹⁰ niega en realidad dos cosas: primero la existencia de una *clase intelectual* (su existencia estructural al margen, relativamente, de la organicidad con la clase burguesa), y segundo, su posibilidad de sustantivarse o autonomizarse en el modo de producción «socialista». *Negar la existencia de la clase intelectual es una de las piezas claves de la ideología intelectualista*. Suponer que, con la socialización de los medios de producción y con el desarrollo de las fuerzas productivas, la antítesis trabajo intelectual-trabajo manual tenderá pacífica y evolutivamente a desaparecer es uno de los mitos de esta ideología. Si afirmamos que la clase intelectual no existe, que es una *capa* o un *estrato* burgués, si pensamos que posee su polo estructurante en una clase económica, la lucha contra la clase intelectual absolutizada en el régimen «socialista» se anula o dificulta. Si afirmamos, desde un principio, que la clase intelectual existe, que, aunque se encuentre *subordinada* a la clase burguesa, tiene su propia estructura definitoria y que, por último, tiende a sustantivarse en el

⁹ También, por ende, económica, pero no basado en las relaciones de producción, sino en las fuerzas productivas.

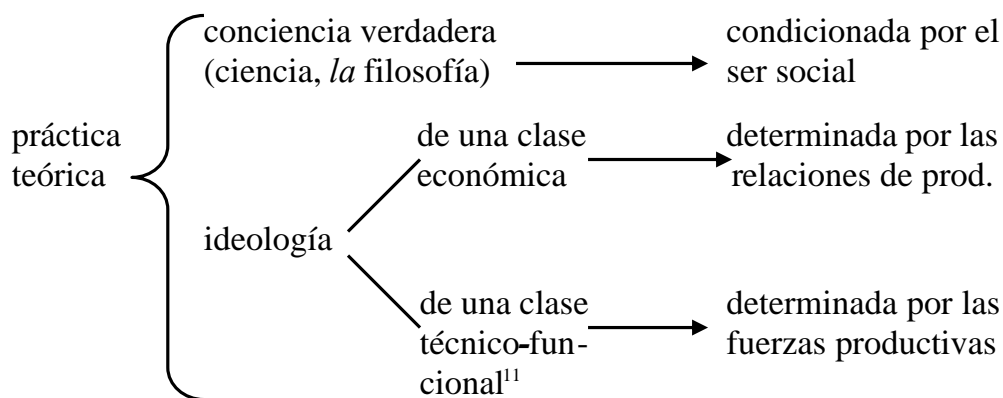
¹⁰ Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos Editor, México, 1975, p.14.

«socialismo», *la lucha contra la polaridad técnico-funcional se empieza a implementar desde ahora y nos brinda mayores posibilidades de éxito.*

5. Los nexos entre el ser social y la conciencia verdadera, y entre el ser social y la ideología

Antes de pasar adelante, conviene dejar en claro que el vínculo existente entre la conciencia verdadera y el ser social no es igual al que se establece entre la ideología y el ser social. En el primer caso se trata de una relación de *condicionamiento* favorable o desfavorable. El ser social, en efecto, constituye un marco que fomenta o dificulta la gestación y desarrollo de la ciencia y la filosofía. En el segundo caso se trata de una relación de *determinación en última instancia*: el ser social determina la forma, el contenido y la función de la ideología, ya sea la que se basa en una clase económica o la que se funda en una clase técnico-funcional. La parte del ser social que determina o estructura la *ideología económica* está constituida por las *relaciones económicas de producción*. La parte del ser social que determina o estructura la *ideología técnico-funcional* está formada por las *fuerzas productivas*. Una última cosa que ya dije, pero que es necesario subrayar: la clase intelectual está subordinada a la clase burguesa.

Todo lo anterior puede ser sintetizado en el diagrama 5:



6. La filosofía intelectualista

Volvamos a la *clase intelectual*. En su ideología no sólo encontramos los siete aspectos de «psicología social» que señalaba arriba, sino también los siguientes elementos «filosóficos». La *concepción del mundo* tiene dos nociones básicas: la que emana de la posición que se toma respecto al *ser* y la que surge de la posición que se asume respecto al *devenir*. En el primer sentido, la filosofía se divide, se ha dicho hasta la saciedad, en *materialista*

¹¹ Esta clase está subordinada a la económica.

e idealista, y en el segundo sentido, en *dialéctica y metafísica*. Antes de la emergencia del *materialismo dialéctico*, que se coloca en las posiciones de la conciencia verdadera, se dieron tres tendencias filosóficas principales: *el idealismo metafísico* (que negaba el materialismo y la dialéctica), *el idealismo dialéctico* (que negaba el materialismo y la metafísica) y *el materialismo metafísico* (que negaba el idealismo y la dialéctica). Soy de la opinión de que, de estas tres posiciones, la que se aleja más, en términos generales, de la filosofía es el *idealismo metafísico*, porque niega las posiciones de la conciencia verdadera en lo que se refiere a la interpretación del *ser* y del *devenir*. Creo que el *idealismo y la metafísica constituyen las dos piezas esenciales de la ideología «filosófica» de la clase intelectual*. Normalmente, dentro del ámbito marxista-leninista, se ve al *idealismo y a la metafísica* como «perturbaciones» que en la conciencia social produce el ser social o como «puntos de vista de clase» que se reflejan en tal o cual pensador a partir de la existencia de una cierta estructuración social basada en las clases económicas y la lucha de clases. No tengo ninguna reserva para aceptar esta tesis. *No creo posible entender el idealismo de Platón o de Hegel, la metafísica de Descartes o de Fichte, al margen de la lucha de clases*. Tanto el *idealismo metafísico* (la escuela eleática, por ejemplo), cuando el *idealismo dialéctico* (Hegel y los neohegelianos) y el *materialismo metafísico* (Hobbes, Diderot, etcétera), reciben, del mundo en que se desarrollan, de las condiciones socioeconómicas en que aparecen, *una porción importante de sentido y función*. En el *idealismo* y en la *metafísica* hallamos con frecuencia el «escudo teórico» que sirve los intereses de la clase dominante. Pero no siempre ocurre así. Hay, a veces, un *materialismo conservador* y un *idealismo revolucionario*, un *materialismo* que expresa los intereses reaccionarios de la clase dominante (el darwinismo social, por ejemplo) y un *idealismo* que traduce los sentimientos de la clase o las clases dominadas (Thomas Munzer, para poner un caso). Creo que hasta es dable hallar una posición «dialéctica» políticamente conservadora y una «metafísica» revolucionaria. En otra parte he escrito: «Las historias marxistas de la filosofía se caracterizan en general por lo que hemos llamado una *actitud reduccionista*. Reducen la complejidad del discurso filosófico, la complejidad de un *sistema de pensamiento*, a la *posición de clase*, en el sentido económico de la expresión. Cada filósofo queda constreñido hasta devenir en defensor, más o menos solapado, de los intereses de una clase. Los hay que expresan los intereses de la aristocracia esclavista (Parménides), de la democracia esclavista (Demócrito), del feudalismo (Santo Tomás), de la burguesía ascendente (Descartes), de la burguesía reaccionaria (Nietzsche), del proletariado (Marx). Es cierto que, con frecuencia, se arguye (para no caer en el mecanismo) que dichos filósofos expresan esos intereses o esa posición de clase "en última instancia". Pero este concepto –*que más que un conocimiento en sentido estricto es la cobertura de un vacío*– no nos salva

del *reduccionismo clasista*, porque todo pensador importante es, a *fin de cuentas*, la expresión de los intereses de una clase *en el sentido económico de la expresión*. Nosotros no estamos en desacuerdo con esto. Lo que ponemos en entredicho es que cada filósofo refleje, en última instancia, *tan sólo estos intereses económicos*. Somos de la opinión de que, con más frecuencia de lo que se supone, hay filósofos que expresan no sólo simultáneamente los intereses de la clase poseedora y de la clase intelectual, sino inclusive preferentemente los intereses de esta última. *Probablemente la filosofía es el terreno teórico donde ha expresado más nítidamente la clase intelectual su ideología (por ejemplo el idealismo), una ideología que se contrapone no sólo, como hemos dicho, al trabajo manual o físico, al que se considera vulgar y denigrante, impropio de hombres libres, sino también a la clase poseedora*». ¹² En el mismo texto señalé: «Nosotros dudamos... de que lo mayormente característico de filósofos como Kant, Hegel o Husserl sea que lleven a cabo una defensa, más o menos disfrazada, de la clase burguesa. O Platón de la aristocracia esclavista. No estamos en contra, desde luego, de que tal defensa se encuentre en su producción teórica; pero *no nos parece lo más relevante*. Hay algo todavía más patente. Más trascendental. Más insoslayable. Nos referimos a que todos ellos son la expresión, en última instancia, de una *weltanschauung intelectualista*». ¹³

El idealismo es la ideología de la clase intelectual. Me detendré un momento en esta afirmación. No es posible asentar que, invariablemente, sea la ideología de la clase dominante (en sentido económico), porque, como he dicho, en la historia hay posiciones idealistas (y aún metafísicas) impugnadoras, combativas, revolucionarias. Pero invariablemente es la ideología de la clase intelectual. El intelectual se autosublima en el idealismo. Su trabajo intelectual se le transmuta en la *esencia* de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. Independientemente de que considere la *conciencia* como fundamento entitativo de toda objetividad (*idealismo subjetivo*) o el *Espíritu* como el sustrato, el sujeto-sustancia (Hegel), de la naturaleza y la sociedad (*idealismo objetivo*), el espiritualismo realiza una operación, descrita con toda precisión por Feuerbach, que consiste en *tomar el predicado como sujeto y el sujeto como predicado*. Convertir el cuerpo en epíteto del alma, o la naturaleza en atributo de la Idea es la práctica ideológico-filosófica propia de ese intelectual que, lejos de *desclasarse*, como el intelectual revolucionario, *vive en su elemento*. La ideología intelectualista erige en absoluto la práctica teórica. El Espíritu acaba por convertirse en demiurgo, en divinidad. Los intelectuales son sus agentes, sus profetas, sus intermediarios. El intelectual es la forma, el trabajador físico la materia; el intelectual la actividad, la acción, el

¹² Enrique González Rojo, *op. cit.*, pp.105-106.

¹³ *Ibid.*, p.106.

trabajador físico la inercia, la pasión. *Tomar el predicado como sujeto y el sujeto como predicado* no tiene solamente como «razón de ser» la existencia de una sociedad dividida en clases, en sentido económico, y del conjunto de condiciones históricas y socioeconómicas que habitualmente trae a colación el marxismo para explicar la enajenación filosófica y religiosa, sino algo en lo que no se ha puesto el suficiente énfasis: *la mencionada «inversión» entre el sujeto y el predicado es la actitud propia del que vive en y por el trabajo intelectual*. Algo semejante ocurre con la metafísica. Sustituir el *proceso* por la *cosa*, el vínculo por el aislamiento, el movimiento en el tiempo por el movimiento en el espacio, la biología por la física o la sociología por la biología, es sustituir el devenir por la forma, lo concreto por la abstracción, la *res gestae* por el *eidos*, en una palabra, ofrecer el contenido de la conciencia (ideas, prejuicios, tradiciones) como la naturaleza misma del cambio.

El intelectual materialista claudica, en cierto sentido, contra su clase. Mas si abandona el idealismo, no la metafísica (o el mecanismo), se queda a mitad del camino. Si abandona la metafísica, pero no el idealismo, no llega tampoco al final de la ruta.¹⁴

En el marxismo-leninismo predomina habitualmente lo que he denominado método reduccionista. Método que consiste en suponer que en el modo de producción y en la formación social sólo existen clases en el sentido tradicional del término. Aunque, en ocasiones, se habla de la «autonomía relativa» de los intelectuales, tal aseveración no tiene otro significado que el de «salvar» un tratamiento pretendidamente dialéctico del problema, sin llegar nunca a atribuirles a aquéllos los rasgos, las cualidades, la estructura de una clase *sui generis*. De una clase subordinada, en la sociedad capitalista, a la clase burguesa; pero una clase susceptible de llegar al poder, sustantivarse, institucionalizarse, en un modo de producción que más que socialista debería recibir la designación de *modo de producción intelectual* (tecnocrático-burocrático).¹⁵ El método reduccionista tiene serias implicaciones en la historia, en la teoría política, en la literatura, en la filosofía, etcétera. En la *historia*, se puede expresar con la fórmula, implícita en buena parte del marxismo contemporáneo, de que basta con socializar los medios de producción, ya que «lo demás vendrá por añadidura».¹⁶ Pero «lo demás», entre lo que hay que contar la disolución de la contradicción entre el trabajo intelectual y el trabajo

¹⁴ El que un intelectual o un «filósofo» sea idealista metafísico, idealista dialéctico o materialista metafísico no sólo es una «elección» individual. Ello es evidente. Se trata de un problema histórico, en el que intervienen condicionamientos socioeconómicos. Pero en esta afiliación filosófica, desempeña un papel de primera importancia, y es lo que pretendo subrayar aquí, la existencia, junto con las clases sociales en sentido económico, de las clases sociales en sentido técnico-funcional.

¹⁵ Al método que sólo considera como clase las *económicas*, y piensa que las que yo llamo «técnico-funcionales» no son sino capas, sectores o estratos.

¹⁶ *Ibid.*, cap. III, p. 143 ss.

manual, no llega nunca a realizarse. Y no sólo no llega tal cosa, no sólo no se advierten vislumbres de que advenga sino que tal contraste se erige en la contradicción de *clase* principal en el nuevo modo de producción. Quien se atenga, entonces, al método reduccionista¹⁷ coadyuva a crear, en lo que a la *historia* se refiere, un modo de producción que en el sentido estricto ya no es capitalista, pero tampoco socialista. Ya no se basa, al menos en lo esencial, en la propiedad privada de los medios materiales de producción; pero se ha estructurado de tal forma (con una clase social, la *intelectual*, contrapuesta a la clase obrera manual) que no podemos considerarlo como un *régimen de transición*, que, pacífica y evolutivamente, va a generar la etapa superior del socialismo, esto es, el comunismo.

El *método reduccionista* tiene implicaciones, que no puede tratar aquí con detenimiento, también en la *teoría política*. Una teoría del Estado o del partido que no tome en cuenta la existencia de una *clase intelectual* es hoy por hoy, una teoría incompleta y reduccionista. En la *composición* del Estado burgués no sólo hallamos la presencia del sector *burocrático-político de la clase burguesa*, sino también la del sector *burocrático-político de la clase intelectual*, y aunque es verdad que el segundo está en fin de cuentas subordinado al primero o a la clase capitalista dominante, no deja de desempeñar un papel de importancia que es necesario conceptualizar con precisión.¹⁸

El método reduccionista aparece asimismo en los estudios marxistas de la literatura (y del arte en general). Los grandes escritores no son sólo los representantes más o menos solapados, más o menos encubiertos, de la clase dominante o de la clase dominada en el sentido económico, tradicional, de la expresión. También lo son, *de modo simultáneo*, de los intereses de las clases sociales en el sentido técnico-funcional. Balzac, Flaubert, Ibsen, etcétera, no son únicamente escritores «burgueses» sino también, y creo que preferentemente, escritores que manifiestan un *punto de vista de la clase intelectual*.

El *método reduccionista* aparece, por último, en la filosofía y en la historia de la filosofía. Pongamos el acento en dos grandes filósofos: Platón y Hegel.

¹⁷ Este advenimiento de lo demás «por añadidura» se encomienda generalmente al desarrollo de las fuerzas productivas; consúltese, al respecto, Charles Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS. Primer periodo*. (1917-1923). S. XXI, México, España, Argentina, 1977, pp.25ss.

¹⁸ Para lo anterior, consúltese Enrique González Rojo, *Bosquejo para una teoría del Estado. El caso de México*.

7. Platón

Platón es un pensador en el que, como en la mayor parte de los grandes filósofos, conviven estrechamente *las tres funciones del intelectual*. Su *sistema de pensamiento* es, a no dudarlo, una clara objetivación de conciencia verdadera e ideología y, dentro de esta última, de *ideología de clase*, en el sentido habitual del término, y de *ideología intelectualista*.

Como se sabe, Platón, a diferencia de Sócrates, pertenece a una estirpe aristocrática: a la familia de los alameonidas. Por parte de su padre descendía del rey Codros y por parte de su madre estaba vinculado con Solón. Desde el punto de vista de su extracción de clase, pertenecía, pues, a la *aristocracia esclavista de Atenas*.

Cuando Sócrates fue acusado, Platón se consagró fervientemente a la defensa de su maestro. «Empleó todos los medios posibles para salvarlo, y, como último recurso, se dirigió al pueblo, cuya ignorancia le inspiró después tanto desprecio».¹⁹ Es importante recordar que el gobierno que sentenció a Sócrates era *democrático-esclavista*, partidario de que los cargos públicos fueran accesibles a todos los ciudadanos a través de la elección popular. Fue un régimen que, poco antes, había derrocado al «gobierno de los treinta tiranos», de carácter aristocrático y pro-espartano. Tanto Sócrates como Platón estuvieron vinculados con este gobierno. Critias, primo de la madre de Platón, era el jefe del grupo más violento de los «treinta» y Carmides, hermano de ella, era uno de los políticos principales del gobierno. Por sus nexos, Platón pertenecía, entonces, a la *aristocracia esclavista de Atenas*. Por último, la amistad que tanto Sócrates como Platón sostenían con Alcibíades,²⁰ traidor a la democracia ateniense, puede ser otro testimonio de las inclinaciones *aristocráticas* de ambos pensadores.

En no pocas de sus ideas políticas, Platón (en *las Leyes*, *la Carta Séptima* y *La República*) también puede y debe ser caracterizado como *aristócrata*. Es cierto que, en *La República*, habla de abolir la propiedad Privada y aboga por la comunidad de mujeres e hijos; pero, con ello, trata en realidad de asegurar *la unidad de los nobles frente a los artesanos y esclavos*. La propiedad común (de bienes de producción y consumo) debe ser establecida entre gobernantes y guerreros para evitar las disensiones entre ellos. Se trata, por consiguiente, de una especie de *comunismo de clase*, puesto al servicio de la nobleza, de la aristocracia esclavista.

No es un error afirmar, en consecuencia, que el *sistema de pensamiento* platónico y la actividad práctica de nuestro filósofo responden

¹⁹ A. Fouillée, *La filosofía de Platón*, Ediciones Mayo, B. Aires, 1943, p.13. Platón, dice Fouillée, «había preparado un discurso a favor de Sócrates, pero fue arrojado de la tribuna y obligado a guardar silencio». (P.13.)

²⁰ Recordemos la muy significativa irrupción de Alcibíades en *El banquete*.

a los intereses de la nobleza. Este es en buena medida su *punto de vista de clase*, en el sentido habitual de la expresión.²¹

Platón trae consigo, a no dudarlo, una revolución filosófica. A diferencia de sus antecesores, se empieza a colocar en las posiciones de la conciencia verdadera en lo que se refiere al *tratamiento concreto* de las ideas. Aclararé tal cosa. Platón dirige su crítica de modo especial contra los que conciben las ideas como inmóviles, eternas. Combate, pues, a Parménides y la escuela eleática en general. En el *Sofista*, obra de madurez, hace notar, contra los eleatas, que el *no ser es*, que el ser *no es*, que la unidad participa de la *pluralidad*, que la pluralidad participa de la unidad, que lo propio participa de lo *otro* y lo otro de lo *propio*. Acepta, entonces, la contradicción eidética. Platón argumenta: si lo negativo *no es*, no existe lo falso, que es la negatividad en el discurso. Y si no existe lo falso, no existe tampoco la filosofía, que no es otra cosa que el discernir lo verdadero de lo falso. La *dialéctica* de Platón es no sólo el método que permite «recordar» el vehículo de la anamnesis, sino el movimiento de las ideas. Platón es, a no dudarlo, un antecedente del *idealismo dialéctico*. Puesto que nuestro filósofo vislumbra ya el choque de nociones opuestas para el conocimiento de la verdad, no puede dejarse de lado que desempeñó un papel importante en el despliegue de la dialéctica antigua y que es el remoto antecesor de esa dialéctica procesada por el idealismo clásico alemán y que llega a su culminación en Hegel.

Pero lo más característico de Platón no me parece, que sea ni su defensa de ciertos intereses *de clase* (de la aristocracia esclavista), ni sus aportaciones, éstas sí muy importantes, basadas en la *conciencia verdadera* (un pensamiento que empieza a *dialectizarse*), sino el ser *uno de los primeros y más significativos representantes de la clase intelectual*. Platón es, antes que nada, un idealista y un metafísico.

La filosofía es, para Platón, la «ciencia de lo genérico», por oposición a lo singular. Es la «ciencia de las ideas» (*eidos*). La idea platónica es, en realidad, una abstracción, el concepto general contrapuesto metafísicamente al ente individuado y sensible. Es una abstracción convertida en «ser aparte». Existen, pues, dos mundos: el mundo de las ideas y el de las cosas sensibles, el de la *episteme* y el de la *doxa*. Mientras las ideas, *eternas* e inespaciales sirven de arquetipo a los objetos sensibles las cosas efímeras y espaciales son su tosca imitación. *El centro de la filosofía platónica está constituido, pues, por los productos abstractivos del trabajo intelectual*. Las ideas, criaturas del intelecto, adquieren vida propia, se sustantivan, se convierten en *universalia ante rem*. Y las cosas son condenadas a fungir como copias, imperfectas, del modelo.

²¹ Sin abandonar su posición aristocrática, Platón sueña, sin embargo, con poner restricciones al «monarca absoluto» y dulcificar o racionalizar la aristocracia, como lo muestra su relación y ruptura con el tirano de Siracusa.

Pero no sólo la «inversión» que describe Feuerbach se manifiesta entre las ideas y las cosas (en que las *ideas de las cosas* se tornan en *las cosas de las ideas*), sino que lo mismo ocurre en Platón, entre el alma y el cuerpo. El filósofo ateniense explica, en el mito del *carruaje*, que el alma, antes de encarnarse, vuela en un carro por el cielo («Topos Uranos»), pierde las alas y cae en el cuerpo.²²

El alma no pertenece a la realidad de las cosas singulares, sino al mundo de lo universal. Es eterna porque carece de partes, porque es simple. El *Fedón* nos explica que el alma, al igual que todo lo simple, no puede deteriorarse y corromperse como lo compuesto. El alma no es, desde luego, lo único simple, también lo son las ideas, lo bello, lo igual, y encima de todas lo bueno. El cuerpo, en cambio, es un ser compuesto. Un ente espacio-temporal. El alma (recuérdese la actitud de Sócrates ante la muerte) es un ser inespacial e intemporal. El *alma del cuerpo* se transmuta, por la varita de la virtud platónica, en el cuerpo del alma. La «inversión» característica de la ideología intelectualista se lleva a cabo también aquí. Si analizamos con detenimiento el *mito de la caravana*, la *anamnesis* (tal como es expuesta en el *Menón*) y las concepciones del *Timeo* (pitagórico) o el *Parménides* (eleático), advertimos que Platón puede ser caracterizado como un *idealista objetivo*. Y también, a pesar de los vislumbres dialécticos, como autor de la primera *metafísica estructurada* de Occidente. Este idealista objetivo, este metafísico coherente, expresa a las mil maravillas la *ideología intelectualista filosófica*. Sus opiniones acerca de las cosas, las ideas, el cuerpo, el alma, el Topos Uranos, Dios, etcétera, reposan todas ellas en una «inversión»: en la inversión por medio de la cual el intelectual sobrestima su propia inteligencia e inhibe el trabajo físico, enaltece su especialidad y menosprecia lo «meramente corporal», diviniza su función y desdeña el entorno material.

La ideología *intelectualista* de Platón salta también a la vista en su concepción del Estado ideal. La República se basa, después de afirmar que la especialización es conveniente, en la división del trabajo. Platón habla, como se sabe, de tres estamentos: gobernantes o «guardianes», guerreros y artesanos. A estas tres castas corresponden tres virtudes: la *sabiduría* al primero, la *valentía* al segundo y la *templanza* al tercero.²³ El alma Y el Estado tienen cierta similitud. El Estado es, por así decirlo, una gran alma que reúne tres partes: la *racional* (gobernantes), la *volitiva* (guerreros) y la *sensual* (trabajadores). Cuando las virtudes mencionadas corresponden a los estamentos, el Estado se rige de acuerdos con la justicia. «El ejercicio del poder supremo se halla subordinado exclusivamente, según Platón, al hecho de poseer la mejor educación».²⁴ Platón es partidario de la *optimatía*

²² Eso se halla expuesto en Fedro o De la belleza.

²³ En realidad la templanza es patrimonio de los tres estamentos; pero principalmente del último.

²⁴ W. Jaeger, *Paideia*, T. II, FCE, 1944, p.285.

(gobierno de los mejores). La educación debe darse sólo a los estamentos superiores. Los gobernantes deben educarse a través de la religión, el arte, la ciencia, la música y la gimnasia. *Así como la nave requiere de un hábil timonel conocedor de las leyes de la navegación, la colectividad requiere de gobernantes preparados.* Los reyes deben ser, por consiguiente, filósofos.

En todo lo anterior, Platón muestra su concepción «aristocrática». Pero el término «aristocracia» suele ser ambiguo, en virtud de que, con él, se puede señalar indiferentemente la «nobleza de alcurnia» y la «nobleza del conocimiento». Si examinamos con detenimiento la posición platónica, advertimos que Platón se pronuncia más por lo segundo que por lo primero. «La aristocracia platónica no es una nobleza de nacimiento, un régimen que confiere a los individuos de esta capa social, desde la cuna, el derecho a dirigir en su día el Estado».²⁵ ¿Cuál es, entonces, el criterio que debe existir para seleccionar a los gobernantes? «Mediante una observación y un examen incesantes²⁶ manteniéndose desde la infancia, se comprueba cuáles son los "guardianes" que poseen en más alto grado las cualidades de sabiduría práctica, de talento y de preocupación por el bien común, que son decisivas en quienes han de regentar el Estado. Su incorruptibilidad y su dominio de sí mismos se ponen a prueba mediante tentaciones de todas clases y sólo quienes salgan salvos hasta el final de estas pruebas sostenidas durante varios decenios se elevan a la categoría de "guardianes" en el verdadero y estricto sentido de la palabra; los demás se consideran como simples "auxiliares" de aquellos»²⁷

Se podría suponer que el aristocratismo *de clase*, en el sentido tradicional del término, se deja sentir en que Platón, dice Jaeger, «especulaba teóricamente con la idea de la realización de sus planes políticos y educativos a través de un individuo revestido de poder real y no le asustaba entrar en tratos con el trono de Siracusa;²⁸ pero lo que Platón buscaba, a través de Dion (que tenía influencia en Dionisio I), era que el gobernante diera a Siracusa "una constitución y gobernase el Estado con sujeción a las mejores leyes"».²⁹ O, lo que es igual, lo que pretendía Platón es que Dionisio el Viejo primero, y luego Dionisio II encarnaran la *optimatía*.

En resumidas cuentas, si bien Platón es un *intelectual* portador de ciertos elementos de conciencia verdadera y un ideólogo de la *aristocracia esclavista*, es sobre todas las cosas un *ideólogo de su propia clase intelectual*, lo cual se manifiesta no sólo en su cosmovisión filosófica, franca y decididamente *idealista y metafísica*, sino en la concepción

²⁵ *Ibid.*, p.300.

²⁶ Llevado a cabo por los más viejos del primer estamento, EGR.

²⁷ *Ibid.*, pp.285-286.

²⁸ *Ibid.*, T. III, pp.114-115.

²⁹ *Ibid.*, p.255.

política de la *optimatía*. Los teóricos de la aristocracia ocultan invariablemente las tres funciones del intelectual. Ponen de relieve solamente una: la sabiduría. Diseñan su argumentación sobre la base de que los intelectuales son los agentes y los portavoces de la conciencia verdadera. Pero ocultan la función ideológica de los mismos. Aún más. Ocultan el hecho de que aquéllos pueden desempeñar el papel de ideólogos –en el sentido tradicional o en el sentido intelectualista– porque son quienes también tienen que vérselas con la verdad. En esta ambigüedad se halla sumergido Platón, como todos los otros.

8. Brevemente sobre Hegel

No tengo la posibilidad de desarrollar ampliamente en este sitio mis ideas sobre el significado real que tiene Hegel en la historia de la filosofía. Básteme indicar lo siguiente: el *sistema de pensamiento* hegeliano es, como el platónico, también la síntesis de tres ingredientes: *a)* una «médula racional» (Marx) contenida en la *dialéctica* y que es el resultado de poner en juego la conciencia verdadera; *b)* una ideología *de clase*, en el sentido tradicional del concepto y *c)* una ideología *intelectualista*. Hegel es un antecedente inmediato del materialismo dialéctico. Es una filosofía que está *a punto* de provocar la irrupción del marxismo. Representa una gran revolución filosófica. Hegel es, por otro lado, un indudable representante de la clase burguesa: un representante *revolucionario* de esta clase en su juventud (como lo muestra Lukács) y un representante *conservador* de esta clase en su madurez (como lo prueba el propio Marx). Pero Hegel es, por encima de todo, un representante de la *clase intelectual*. *Si Platón es el más alto exponente de la ideología intelectualista de la Antigüedad, Hegel es el más elocuente defensor de la misma ideología en los tiempos modernos*. El principio esencial de su filosofía ya no son las *ideas*, que suponen en realidad rudimentarias operaciones intelectivas, sino la *Idea*; pero una Idea que no sólo es Sustancia, sustrato metafísico de todo, sino *Espíritu*, esto es, actividad. La *Idea* hegeliana no es ya un producto de la actividad intelectual, como las ideas platónicas, *sino la actividad espiritual misma al margen o por encima de todo agente intelectual*. Es el trabajo intelectual sustantivado. La sublimación de la cualidad fundamental de la *inteligencia*, esto es, la razón. La inversión del sujeto en predicado y viceversa es tan radical en Hegel que Feuerbach, primero y Marx, después, pudieron advertir su mecanismo y denunciarlo.

9. Sistemas de pensamiento

He usado varias veces el concepto de *sistema de pensamiento*. Creo que ha llegado el instante en que se precisa su esclarecimiento. Yo no creo que la ciencia y la ideología, o, para decir algo semejante con mayor amplitud, la conciencia verdadera y la falsa conciencia, se den en un estado de pureza y aislamiento. Su forma de ser y presentarse es, más bien, la mezcla, la combinación de elementos verdaderos y de elementos ideológicos. Esta tesis la he desarrollado en otra parte.³⁰ Ahora sólo quiero añadir algo. En el *sistema de pensamiento* coexisten las tres funciones del intelectual.³¹ *Un sistema de pensamiento es tanto más importante cuanto más inhibe los elementos ideológicos –la ideología en sus dos formas mencionadas– y más «conquistas racionales» posee o, lo que es igual, cuanto menos ideología consciente y más elementos de conciencia verdadera incluye.*

En lo anterior poseemos, entonces, un criterio para entender cuáles son las grandes revoluciones filosóficas. Un sistema de pensamiento en que predomine la ideología *de clase* en el sentido intelectualista, y que carezca prácticamente de elementos verdaderos, no puede ser considerado en sentido estricto como una revolución teórica. Por otro lado, lo revolucionario de Platón no estriba en su metafísica de las ideas y del alma,³² sino en la dialectización de sus conceptos; la revolución que conlleva Hegel no se basa en la «inversión» de lo ideal y lo material o en la concepción de la naturaleza como la Idea enajenada, sino en la formulación desarrollada de la *dialéctica*, formulación que, hecha la salvedad de ciertas perturbaciones que el *sistema* produce en el *método*, se despliega con gran nitidez, congruencia y sistematicidad.

La historia de la filosofía presenta una sola revolución filosófica *cualitativa*: el paso de la filosofía premarxista a la marxista. El advenimiento del materialismo dialéctico implica instalar la concepción filosófica en sus bases verdaderas. Significa inaugurar un sistema de pensamiento en el que, aunque haya residuos ideológicos, predomina *la* filosofía de la ciencia.

Estudiemos este diagrama 6:

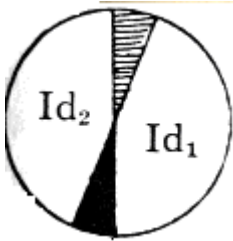
³⁰ En mi libro *Teoría científica de la historia*, Ed. Diógenes, México, 1977.

³¹ Y no sólo dos: la de la conciencia verdadera y la ideología *de clase*, en el sentido tradicional.

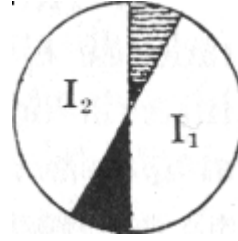
³² Aunque lo ideológico, en múltiples ocasiones, tiene una gran importancia *histórica* como *preparación* de la irrupción revolucionaria de la conciencia verdadera.

El materialismo desplazando al idealismo

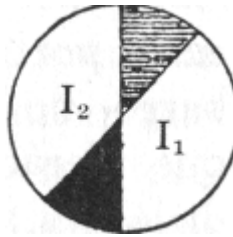
La dialéctica desplazando a la metafísica



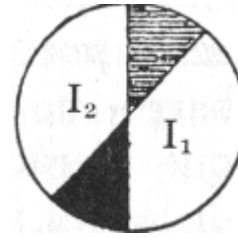
Miletanos
Heráclito
Empédocles



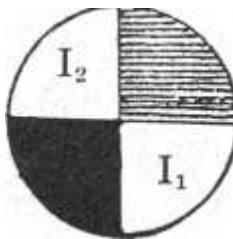
Miletanos
y sobre todo
Heráclito



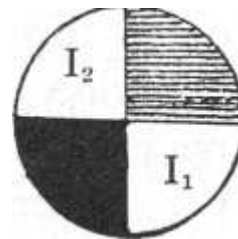
Anaxágoras
Demócrito
Epicuro



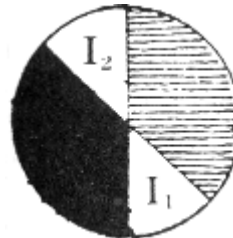
Platón
y sobre todo
Aristóteles



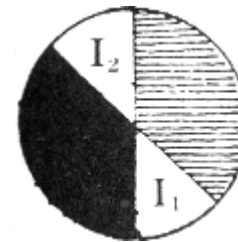
Descartes, Locke
y sobre todo
Spinoza



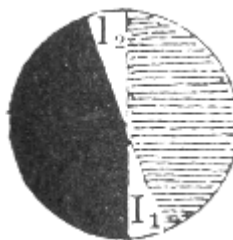
Spinoza
y Leibniz



Diderot
Helvecio
D'Holbach

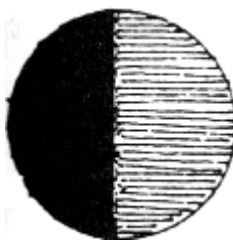
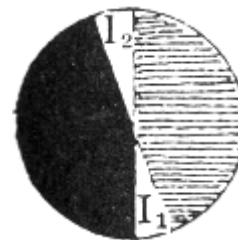


Kant
Fichte



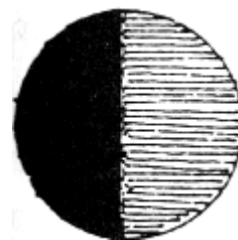
Feuerbach

Hegel



Marx

Marx



Voy a hacer varias *observaciones* sobre este diagrama:

1. Adviértase que en la columna izquierda he tratado de ejemplificar el proceso mediante el cual, en la historia de la filosofía, el materialismo va desplazando al *idealismo*; y en la columna de la derecha el proceso por medio del cual *la dialéctica va haciendo a un lado o derrotando a la metafísica*. He separado los procesos *por método*. En realidad se dan unidos. Sin embargo, no coinciden del todo: es cierto, por ejemplo, que Heráclito es un antecesor del materialismo y la dialéctica, es un «materialista ingenuo y un dialéctico espontáneo», como dicen los manuales de la historia de la filosofía; pero hay quienes representan una innovación en un sentido y no en otro: Feuerbach es materialista, pero no dialéctico; Hegel es dialéctico, pero no materialista.

2. Las circunferencias representan *sistemas de pensamiento*, esto es, sistemas teóricos en que coexisten, en *diferente proporción*, elementos científicos y filosóficos basados en la conciencia verdadera, y elementos ideológicos. Y, entre estos últimos, podemos discernir ideologías *de clase* (en el sentido habitual de la noción) e ideologías *intelectualistas*. Los aspectos «ganados» por la conciencia verdadera, esto es, por el materialismo y por la dialéctica (en ambas columnas) se hallan simbolizados por rayas. Las ideologías *de clase* por una I_1 y las ideologías *intelectualistas* por una I_2 . Adviértase cómo los espacios rayados avanzan, en las seis circunferencias, en detrimento de I_1 .

3. Pero conviene también subrayar que el avance de la conciencia verdadera, el despliegue del materialismo y la dialéctica, también repercuten en I_2 . Este progreso, señalado con los espacios punteados, *no ha sido advertido en todo su alcance por el marxismo*. Una dificultad enorme que se ha opuesto a la toma de conciencia de tal cosa estriba en que frecuentemente la ideología *de clase* (en el sentido habitual de la expresión) aparece indisolublemente ligada a la ideología *de clase* (en el sentido técnico-funcional), y como la contradicción entre poseedores y desposeídos domina la contradicción entre trabajo intelectual y trabajo manual, sólo, o preferentemente, se ha reparado en la primera y en su espuma ideológica. Decía que el progreso del materialismo y la dialéctica repercuten en el desplazamiento de la ideología *intelectualista*. Ello es así porque tanto el idealismo como la metafísica son, como he explicado, dos piezas esenciales de dicha ideología. Se precisa aclarar, sin embargo, que, dentro del marxismo, si el avance de los dos elementos de la conciencia verdadera suele considerarse como una *explícita* sustitución de la ideología *de clase* (en sentido habitual), no ocurre lo mismo respecto al desplazamiento de la ideología *intelectualista*. El marxismo ha elevado a *estado teórico* la existencia de la ideología *de clase* (en sentido tradicional) y su sustitución

por la conciencia verdadera; pero sólo contiene en *estado práctico*³³ la existencia de la ideología *intelectualista* y su reemplazamiento por el materialismo y la dialéctica. Al carácter *explícito* de la sustitución lo he simbolizado con los rayados; y al carácter *implícito* con los espacios punteados.

4. Las circunferencias pueden representar grandes personalidades o corrientes de pensadores. En ocasiones un sistema de pensamiento recibe su configuración definitiva en la obra de un filósofo; pero no pocas veces sucede que logra tal cosa en la producción de toda una corriente tomada en conjunto.

5. En el diagrama he utilizado seis circunferencias. Esto es, desde luego, una ejemplificación esquemática y aproximativa. Las esferas pueden multiplicarse indefinidamente para abarcar de modo más pormenorizado la historia de la filosofía. *Unas circunferencias, además, nacen de otras.* Empujados por el ser social, pero respondiendo a la especificidad de su propia práctica teórica, unos *sistemas de pensamiento* engendran otros. Platón viene de Sócrates y «va» a Aristóteles. Kant viene de Hume y Leibniz y «va» a Fichte. En la historia de los *sistemas de pensamiento* hay, además, estancamientos y *retrocesos*. Creo que, por ejemplo, mientras en la filosofía griega se suceden unas revoluciones a otras, en las filosofías romana, helenística y medieval, el estancamiento relativo, y el retroceso en ocasiones, es algo evidente.

6. Es importante también dejar en claro que la ideología desempeña un papel preponderante en la historia de la filosofía. No es un mero disparate o una torpeza cognoscitiva sin más. Generalmente es la *materia prima* o el objeto sobre el cual opera la conciencia verdadera, la ciencia y/o la filosofía. En este sentido, la presencia de la ideología (1) y la ideología (2) en la historia de la filosofía es *necesaria* para el fortalecimiento, la vigorización, el tiempo de la verdad.

7. La historicidad de los *sistemas de pensamiento* depende de sus partes constitutivas. Tanto la ideología (1) como la ideología (2) se hallan *determinadas* en *última instancia* por el ser social, por la infraestructura económica: la ideología (1) por las relaciones de producción y la ideología (2) por las fuerzas productivas.³⁴ *El devenir del aspecto ideológico de cada*

³³ Términos de Althusser.

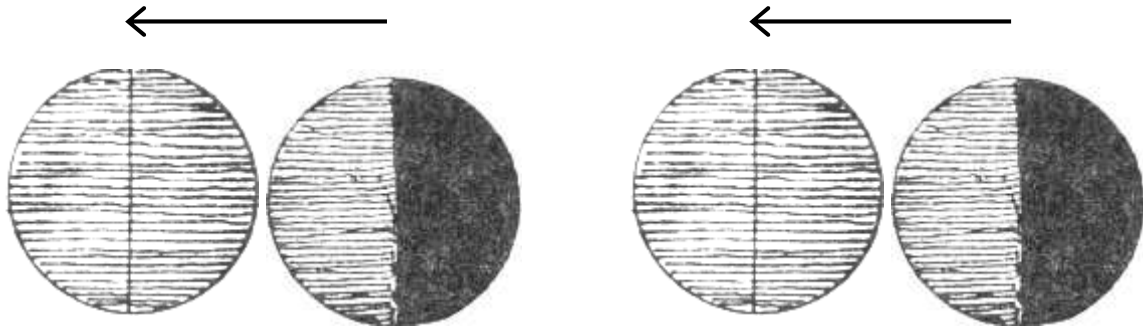
³⁴ La intelectualidad supuestamente independiente de la Antigüedad y de otras épocas (filósofos, artistas, hombres de ciencia, etcétera) dependen en realidad de un *modo de producción* (relaciones de producción y fuerzas productivas) que les daba la oportunidad de disfrutar del *ocio* suficiente para ejercer sus actividades. Aunque en Grecia o Roma, había un trabajo intelectual de origen técnico funcional (administración, supervisión técnica, etcétera) las profesiones «liberales» *no tenían este origen*, sino que eran producto *directo* (intelectuales poseedores) o *indirecto* (intelectuales subsidiados) del modo de producción esclavista y de la

sistema de pensamiento es producto del devenir de la sociedad, de los regímenes sociales. La parte de la conciencia verdadera que aparece en los sistemas de pensamiento obedece, en cambio, a otro tipo de vinculación con el entorno socioeconómico, y su diacronía responde a diferentes principios. La conciencia verdadera no está *determinada* por el ser social, ni siquiera lo está «en última instancia», no hunde sus raíces determinativas en la *historia* de la infraestructura económica. Sólo está *condicionada* por esta última. El ser social condiciona *favorable* o *desfavorablemente* la génesis y desarrollo de la ciencia y la filosofía; pero no estructura su sentido y carácter. La esencia de la historia de la conciencia verdadera, a diferencia de la falsa conciencia ideológica, es la *historia de la gradual apropiación del objeto*, y entre una práctica, la práctica socioeconómica, y la otra, la práctica teórico-verdadera, no hay estructuración determinativa, sino condicionamiento que favorece a la primera o la entorpece.

8. Tanto en la columna de la izquierda, en que el materialismo va desplazando al idealismo, como en la de la derecha, en que la dialéctica va haciendo a un lado a la metafísica, nos hallamos con que en la última esfera la conciencia verdadera sustituyó *explícitamente* a la I_1 , y sólo *implícitamente* a I_2 . ¿A qué se debe esto? A que, en términos generales, la teoría marxista sobre la historia de la filosofía ha advertido claramente que cuando el materialismo reemplaza al idealismo y la dialéctica a la metafísica, los pensadores no sólo se instalan en la conciencia, sino que, con su cambio de terreno teórico, desplazan a la ideología *de clase* (en sentido tradicional);³⁵ pero no han visto, o no lo han advertido suficientemente, que la misma operación reemplaza a la ideología *intelectualista*, ya que con el idealismo y la metafísica no sólo se suelen expresar intereses *de clase*, en el sentido económico del término, sino también la ideología filosófica de la clase *intelectual*. Las dos circunferencias se encuentran en su mitad derecha rayadas y en su mitad izquierda punteadas. Esto significa que, aunque el marxismo, el materialismo dialéctico, el triunfo sobre el idealismo y la metafísica, ha vencido y desplazado a la I_1 y a la I_2 , lo ha hecho clara y *reconocidamente* en el primer caso y oscura y sólo implícitamente en el segundo. Se trata, entonces, de esclarecer lo implícito, de llevar a cabo este diagrama 7:

conformación específica que presentaban en ella *tanto* las fuerzas productivas *cuanto* las relaciones de producción.

³⁵ Ya que la ciencia y la filosofía pueden ser utilizadas por una clase, pero no son *de clase*, en el sentido en que una ideología es *de clase*.



Si no se lleva a cabo esta explicitación, este elevar a estado teórico lo que sólo existe en estado práctico, y además todo lo que implica, se da pie a que surja un *materialismo dialéctico que no está en guardia contra la ideología intelectualista*. Un sistema de pensamiento en el que, como la mayor parte de los productos filosóficos soviéticos, *acaba por predominar la ideología intelectualista*. El marxismo soviético no es, en realidad, sino la *ideología de la clase intelectual*, tecnocrática-burocrática, que se halla en el poder.

9. La historia de la filosofía contiene revoluciones cuantitativas: una sustitución importante de la ideología (en el doble sentido del término) por el materialismo y/o la dialéctica, constituye una revolución *cuantitativa*. Grandes revolucionarios, en este sentido, son Anaximandro, Heráclito, Demócrito, Platón, Aristóteles, Epicuro, Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Feuerbach, para mencionar algunos. Pero estas revoluciones cuantitativas preparan el terreno para la *revolución cualitativa* representada por el marxismo, sobre todo por *un marxismo que, además de asumir plenamente el materialismo y la dialéctica, de derrotar al idealismo y la metafísica, reemplaza conscientemente, al menos en sus aspectos esenciales, a la ideología de clase (en sentido tradicional) y a la ideología intelectualista*.

(Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.)